

medio de sus profetas, que les envió uno tras otro, *pasando en vigilia la noche, y levantándose al apuntar el día*, como él mismo dice, para hacer observar su paternal solitud. Empero, ofendido de su ingratitude, airase contra ellos y amenázales tratarles como á sus hermanos rebeldes.

CAPÍTULO V.

De la vida y del ministerio profético: de los juicios de Dios declarados por las profecías.

Nada hay mas notable en la historia del pueblo de Dios que el ministerio que ejercieron los profetas. Vense hombres separados del resto del pueblo por una vida retirada, y vestidos con un traje particular, viviendo en celdas en donde tenían una vida comun, subordinados á un superior que les habia sido dado por Dios. La vida pobre y penitente que hacian era la figura de la mortificacion que debia ser anunciada en tiempo del Evangelio. Comunicábase Dios con ellos de un modo particular, haciendo brillar á los ojos del pueblo esta maravillosa comunicacion: pero jamas brilló con tanta fuerza como durante los tiempos de desorden en que parecia que la idolatría iba á acabar con la ley de Dios. Durante aquellos malhadados tiempos los profetas hacian resonar por todos lados de viva voz y por escrito las amenazas de Dios y los testimonios que daban de su verdad. Los escritos que publicaban andaban entre las manos de todo el pueblo, y se han conservado cuidadosamente en memoria perpetua por los siglos futuros. Los que permanecieron fieles á Dios unieronse á ellos; y así vemos que aun en el mismo Israel,

en donde reinaba la idolatría, los fieles, que se conservaron allí, celebraban con los profetas el sábado y las fiestas establecidas por la ley de Moises. Los profetas eran los que alentando á los hombres de bien, sosteníanlos firmes en la alianza. Varios de ellos sufrieron la muerte; y á su ejemplo vióse en los tiempos mas malos, es decir, en el reinado de Manases, derramar su sangre por la verdad á una infinidad de fieles; de manera que puede decirse que no ha habido un solo momento en que no se haya dado testimonio de ella. Así que siempre subsistió la sociedad del pueblo de Dios, y los profetas permanecieron unidos á ella: un gran número de fieles profesaba públicamente la ley de Dios con ellos y con los piadosos sacrificadores que constantemente guardaran con religiosidad las observancias que sus predecesores les transmitieran á contar desde Aaron. En los reinados mas impíos, que fueron los de Acáz y de Manases, Isaías y los demas profetas no se quejaban de que se hubiese interrumpido el uso de la circuncision, que era el sello de la alianza, y en la cual se hallaba encerrada, segun la doctrina de san Pablo toda la observancia de la ley. Tampoco fueron abolidos los sábados y las demas festividades: porque si Acáz cerró por algun tiempo la puerta del templo, y hubo alguna interrupcion en los sacrificios, fue una

violencia que no cerraba por esto la boca de los que alababan y confesaban públicamente el nombre de Dios; porque Dios jamas permitió que esta voz se estinguiese entre su pueblo: y así cuando Aman emprendió destruir la herencia del Señor, cambiar sus promesas y hacer cesar sus alabanzas, ya se sabe lo que Dios hizo para impedirlo: ni se manifestó menos su poder cuando Antioco quiso abolir la religion. ¡Qué de cosas dijeron los profetas á Acáz y á Manases para sostener la verdad de la religion y la pureza del culto! *Las palabras de los profetas que les hablaban á nombre del Dios de Israel, estaban escritas, como observa el testo sagrado, en la historia de aquellos reyes.* Si pues Manases fue movido por sus palabras, si hizo penitencia, no puede dudarse que su doctrina retuviese un gran número de fieles en la obediencia de la ley; y el partido de la buena causa era tan grande que, en el juicio que se formaba de los reyes despues de su muerte, se declaraba á aquellos reyes impíos indignos del sepulcro de David y de sus piadosos predecesores. Porque aunque se haya escrito que Acáz fue enterrado en la ciudad de David, la Escritura espresa terminantemente *que no fue recibido en el sepulcro de los reyes de Israel.* Tampoco fue esceptuado Manases del rigor de este juicio, á pesar de que hubiese hecho penitencia, porque quiso dejarse un monumento eterno del

horror que habia inspirado su conducta. Y para que no se piense que la multitud de los que profesaban públicamente el culto de Dios con los profetas fue destituida de la sucesion legítima de sus pastores ordinarios, Ezequiel marca espresamente, en dos parajes, *á los sacrificadores y á los levitas hijos de Sadoc, que, en los tiempos de estravio, persistieron en la observancia de las ceremonias del santuario.*

Sin embargo, á pesar de los profetas, de los sacerdotes fieles, y del pueblo unido con ellos en la práctica de la ley, la idolatría, que habia arruinado á Israel, arrastraba con frecuencia, en el mismo Judá, á los príncipes y á la mayor parte del pueblo. Aunque los reyes olvidasen al Dios de sus padres, toleró el Señor por largo tiempo sus iniquidades en memoria de David su siervo: porque siempre á David le tuvo presente. Asi era que cuando los reyes hijos de David seguian los buenos ejemplos de su padre, Dios hacia milagros sorprendentes en su favor; y por el contrario, cuando se apartaban de las sendas de la virtud, la fuerza invencible de su brazo pesaba sobre sus cabezas. Los reyes de Egipto, los de Siria, y señaladamente los de Asiria y los de Babilonia, sirvieron de instrumento á su venganza. Acrece la impiedad y Dios suscita en Oriente un rey mas soberbio y terrible que lo fueran todos los que habian aparecido hasta entonces; cual

fue Nabucodonosor, rey de Babilonia, el mas formidable de todos los conquistadores. Manifiéstase de lejos á los pueblos y á los reyes como el vengador destinado á castigarles. Acércase, y el terror y el espanto le preceden. Toma por primera vez á Jerusalem y envia cautivos á Babilonia una parte de sus habitantes. Ni los que se salvaron y quedaron en el pais, ni los que fueron llevados cautivos, aunque amonestados los unos por Jeremías y los otros por Ezequiel, hacen penitencia. Prefieren á aquellos santos profetas *los profetas que les predicaban ilusiones*, y les adormecian en sus crímenes. Vuelve el vengador á Judea, y pone un yugo mas pesado sobre Jerusalem; mas no obstante no destruyó del todo la ciudad: en fin, la iniquidad llega á su colmo; crece el orgullo á la par que la debilidad, y Nabucodonosor reduce la ciudad á cenizas.

Ni aun el santuario permitió Dios que se librase. Aquel bello templo, maravilla del mundo, que debiera haber sido eterno si los hijos de Israel hubiesen perseverado en la piedad, fue consumido por el fuego de los asirios. En vano los judíos clamaban sin cesar y decian: *el templo de Dios: el templo de Dios: el templo de Dios*, como si aquel templo sagrado hubiese bastado por sí solo á protegerlos. Dios habia resuelto hacerles ver que no dispensaba su proteccion á un edificio de piedra, sino á los

corazones que le conservaban fidelidad. Asi es que permitió que el templo de Jerusalem fuese destruido, y que fuese entregado al pillage su tesoro; y que tantos ricos y preciosos vasos consagrados por los reyes piadosos pasasen á las manos de un rey impío.

Empero la ruina del templo de Dios debía servir de enseñanza á todo el universo. En la persona del impío y victorioso Nabucodonosor vemos lo que son los conquistadores: la mayor parte de ellos no son mas que instrumentos de la venganza divina. Dios ejerce por ellos su justicia, y despues la ejerce sobre ellos mismos. Nabucodonosor revestido del poder divino, y hecho invencible por este ministerio castiga á todos los enemigos del pueblo de Dios. Él asoló el país de los idumeos, de los amonitas y de los moabitas; destronó á los reyes de Siria: el Egipto, bajo cuyo poder la Judea habia tantas veces gemido, fue presa de este rey soberbio, y vino á ser su tributario: su poder no fue menos fatal á la misma Judea, que no supo aprovecharse de las treguas que Dios la concedió. Todo cayó, todo fue abatido por la justicia divina, de que Nabucodonosor fue el ministro: á él le tocará su turno; caerá tambien; y Dios que se valió de la mano de aquel príncipe para castigar á sus hijos y humillar á sus enemigos, reservóse á su mano omnipotente el castigo de su persona.

CAPÍTULO VI.

De los juicios de Dios contra Nabucodonosor, contra los reyes sus sucesores y contra el imperio de Babilonia.

A Dios plugo no dejar ignorar á sus hijos el fin de aquel rey que les castigó, y del imperio de los caldeos al que habian de ser trasladados cautivos. Por temor de que se dejasen sorprender por la gloria de los impíos y de su orgulloso reinado, los profetas les anunciaban su corta duracion. Isaías, que vió la gloria de Nabucodonosor y su insensato orgullo mucho tiempo antes de que naciera, predijo su caída repentina y la de su imperio. Babilonia no era casi nada cuando este profeta vió su poder y, á poco despues, su ruina. Asi que las revoluciones de las ciudades y de los imperios que atormentaban al pueblo de Dios, ó que se aprovechaban de su adversa suerte, hallábanse escritas en aquellas profecías. La pronta ejecucion de cuanto anunciaban estos vaticinios no deja lugar á dudar de su origen: y los judíos, tan duramente castigados, vieron caer antes que ellos, ó al mismo tiempo que ellos, ó á poco despues, segun las predicciones de sus profetas, no solo á Samaria, Idumea, Gaza, Ascalon, Damasco y las ciudades de los amonitas y de los moabitas, sus perpetuos enemigos, sino tambien las capitales de los gran-